—Habéis visto el infierno, adonde van a parar las almas de los pobres pecadores.

Para salvarlos, el Señor quiere establecer en el mundo la devoción a mi Corazón Inmaculado.

Si se hace lo que yo os diga, muchas almas se salvarán y vendrá la paz.

La guerra está para acabar (la de 1914-1918); pero, si no cesan de ofender al Señor, en el pontificado de Pío XI, comenzará otra peor.

Cuando veáis una noche iluminada por una luz desconocida, sabed que es la gran señal que Dios os da de que está próximo el castigo por los crímenes del mundo, mediante la guerra, el hambre y las persecuciones contra la Iglesia y contra el Padre Santo.

Para impedir eso, vendré a pedir la consagración de Rusia a mi Corazón Inmaculado y la Comunión reparadora de los primeros sábados.

Si se escuchan mis peticiones, Rusia se convertirá y habrá paz. De lo contrario, ella propagará sus errores por todo el mundo, provocando guerras y persecuciones contra la Iglesia; muchas personas buenas serán martirizadas, el Padre Santo tendrá mucho que sufrir; algunas naciones serán aniquiladas... (Aquí la Virgen reveló la tercera parte del secreto, que todavía no se conoce).

Pero, finalmente, mi Corazón Inmaculado triunfará. Rusia será consagrada y se convertirá y será dado al mundo un período de paz.

La Aparición siguió diciendo:

—No digáis esto a nadie; a Francisco podéis decírselo.

Después de unos momentos, añadió:

—Cuando recéis el rosario, decid al final de cada decena: «¡Oh, Jesús mío! Perdonad nuestros pecados; libradnos del fuego del infierno; llevad al cielo a todas las almas, especialmente las más necesitadas de vuestra misericordia».

Aquel horrible cuadro del infierno hizo que Jacinta estuviese frecuentemente pensativa, repitiendo:

—¡El infierno!... ¡El infierno!... ¡Qué pena me dan las almas que se condenan!

Rezan a la Virgen ante la medalla

A veces gritaba para que Lucía y Francisco la acompañasen en sus oraciones, a las que ellos se asociaban con fervor.

Rezaban y se sacrificaban por los pecadores hasta el cansancio. La visión terrible del infierno los animaba a ello.

VII

VALIENTES HASTA EL MARTIRIO

Por todas partes corría la noticia de que la Señora había comunicado a los niños un secreto que no podían revelar y que en octubre haría un gran milagro para que todos creyesen.

La prensa impía comenzó a ocuparse de estos sucesos.

Se achacaba todo a fantasía y sugestión, tratando el asunto, la mayor parte de los articulistas, con desdén y escepticismo.

Pero el resultado fue que dieron a conocer las apariciones de Fátima por todo Portugal, de tal manera que el trece de agosto se habían congregado en Cova de Iría de unos dieciocho a veinte mil espectadores.

Era ya el mediodía y en balde esperaban la presencia de los videntes, porque el Alcalde de Vila Nova de Ourem, pretendiendo asistir a las apariciones, invitó a los niños a subir a su coche, pero lo que hizo fue conducirlos a su casa.

Allí, con dinero, amenazas y preguntas capciosas, intentaba sonsacarles el secreto o, al menos, lograr que cayesen en alguna contradicción.

La esposa del Alcalde, en cambio, los trató con mucho cariño.

Estuvieron encerrados en la cárcel toda la noche y la mañana siguiente.

Jacinta, suponiendo que iba a morir sin ver a sus padres, se apartó a un rincón para llorar.

Lucía trataba de consolarla, pero no lo consiguió.

Los encarcelados se conmovieron con el llanto de las tres angelicales criaturas, y, arrodillados, los acompañaron en el rezo del rosario.

Si no decís que todo es mentira, or freiremos en aceite

Uno de los presos les dijo:

—¿Por qué no decís el secreto, aunque esa Señora no quiera?

—Antes prefiero morir —contestó vivamente Jacinta.

Con el fin de distraer a los niños, a uno de los presos se le ocurrió tocar el acordeón, y todos comenzaron a bailar, lo que hicieron durante un buen rato.

Jacinta, tan pequeña, terminó la danza, siendo llevada en brazos de su pareja.

El día siguiente, el Alcalde simuló los mayores extremos de terror.

A uno de los guardias que presenciaba el interrogatorio, le ordenó que preparase la caldera de aceite hirviendo, donde pensaba freír a los tres.

Toma a Jacinta por un brazo y le dice:

—Ven tú la primera. Si no declaras, serás frita como una pescadilla.

—No revelaré nada —les dice a los otros, al ser conducida.

Francisco se hacía la ilusión de que estaría pronto en el cielo, y rezaba para que su hermanita fuese valiente.

Transcurrido un buen rato, le dice a éste:

—La primera está despachada. Ahora te toca a ti, si no dices el secreto.

—Yo no lo diré nunca.

—Pues entonces correrás la misma suerte.

Y viendo que, ni con amenazas ni con caricias, nada conseguía, lo entró en el cuarto en que, con tanta sorpresa como alegría, se encontró con Jacinta, a la que suponía ya bien muerta.

También Lucía se figuraba que sus primos habían padecido el martirio, sobre todo cuando un guardia le comunicó que ella solamente era la que quedaba viva.

Por más forcejeos que hizo el guardia para que revelara el secreto, nada consiguió, y la llevó, por fin, a una habitación, donde se encontró con sus primos sanos y salvos.

Es cierto que los niños no murieron en esta ocasión, pero nadie negará que se ganaron el mérito de un verdadero martirio.

VIII

SOLOS EN LOS VALIÑOS

Mientras acaecían los hechos que acabamos de relatar, la multitud se impacientaba, viendo que los pastorcitos no acudían.

Cuando se enteraron de lo que había sucedido, todos querían presentarse ante la autoridad para protestar.

En esto, cruza el cielo el fulgor de un relámpago, y aparece una nube blanca y luminosa.

La gente se apacigua, pues se dio cuenta de que la Señora no había faltado a la cita, y aquéllos que habían soñado con ser testigos del éxtasis de los videntes, no se vieron totalmente defraudados.

También los niños recibieron su recompensa por el valor demostrado, tanto en la cárcel como en casa del Alcalde.

El domingo, día 19 de agosto, después de la misa mayor, se acercaron, con algunos amigos suyos, a Cova de Iría, para rezar el rosario.

Por la tarde, se fueron a guardar los rebaños a Los Valiños, una finca de Lucía, cerca de Aljustrel.

En vez de Jacinta, había ido su hermano Juan, que era mayor que Francisco.

A eso de las cuatro, Lucía ve el acostumbrado relámpago. Entonces rogó a Juan que fuera a avisar a su hermana Jacinta. Esta llegó pronto.

Brilla un segundo relámpago, y la Visión se presentó en seguida, ahora también sobre una carrasca, pero más alta que la de Cova de Iría.

Lucía comienza la conversación en la forma habitual:

—¿Qué deseáis de mí?

—Quiero deciros que sigáis yendo a Cova de Iría los trece de cada mes, hasta octubre.

Lucía le expresa el deseo de que realizara un milagro, para que creyera la gente.

—Sí; el último mes haré un milagro para que todos crean. Si

no os hubiesen llevado a la villa, el milagro habría sido más grandioso.

Veréis a San José con el Niño Jesús, dispuesto a dar la paz al mundo, a Nuestro Señor bendiciendo al pueblo, y también a Nuestra Señora de los Dolores.

—¿Qué queréis que se haga con el dinero y demás ofrendas que deja el pueblo en Cova de Iría?

—Que se construyan dos andas: una la llevarás tú con Jacinta y otras dos niñas vestidas de blanco. La otra la llevará Francisco con otros tres niños, vestidos también con túnicas blancas. Esto lo haréis para solemnizar la fiesta de Nuestra Señora del Rosario.

Lucía le pide la curación de algunos enfermos, y la Aparición le promete que curará a algunos durante el año.

Después exhorta a los pequeños confidentes a la práctica de la oración y de la mortificación. Y termina diciéndoles:

—Rezad, rezad mucho y haced sacrificios por los pecadores; pues muchas almas van al infierno, porque no hay quien ruegue y se sacrifique por ellas.

La Señora se despidió hasta el trece de septiembre.

* * *

Sólo asistieron a estas manifestaciones los tres videntes y Juan.

A éste le preguntó su madre, por la noche, qué era lo que él había observado. Y Juan le contestó:

—Yo vi que Lucía, Francisco y Jacinta se arrodillaban junto al árbol. Luego oí todo lo que hablaba Lucía. Cuando ella dijo: «Ya se va... Mira, Jacinta», sonó un trueno, algo así como si fuera el disparo de un cohete. No he visto nada más. Todavía me duelen los ojos de tanto mirar al aire.

También notó Juan la modificación de la luz solar. Y lo mismo testifican otras personas de la comarca.

Antes de partir, los niños arrancan el ramo donde la Señora había apoyado los pies.

Solos en los Valiños

En el camino encuentran a la madre de Lucía, charlando con unas amigas.

—¡Tía! Hemos vuelto a ver a la Virgen.

—¡Qué mentirosos! No hacéis nada más que ver a la Virgen.

—¡Que sí la hemos visto! Mire, tía: un pie lo tenía sobre estas hojas y el otro sobre estas otras.

—¡Dádmelo que lo vea!

Al tomarlo en sus manos, esparció el ramo un olor tan delicioso, que embalsamó todo el ambiente.

Impresionada por este hecho, empezó a pensar la madre de Lucía si sería verdad todo lo que contaba su hija.

Y hasta el señor Antonio, su padre, cuando alguien se encolerizaba con ella, replicaba:

—¡Dejadla tranquila! No sabemos si es cierto lo que dice; pero tampoco podemos probar que sea falso.

IX

UN GLOBO LUMINOSO

Septiembre.

Cerca ya de las doce, llegan los videntes a Cova de Iría.

Se calcula habría allí de veinticinco a treinta mil personas.

Lucía pidió que se rezase el rosario.

Los que no estaban arrodillados lo hicieron inmediatamente.

Y una inmensa súplica, acompañada de muchas lágrimas, subió hasta la Reina del Cielo.

De pronto, interrumpiendo el rezo, exclama Lucía:

—¡Ahí está!... ¡Ya la veo!

Era un globo luminoso, que se desplazaba de este a oeste, deslizándose con lentitud y majestad a través del espacio y desprendiendo una luz deslumbradora, pero muy agradable a la vista.

Siempre, al término de la visión, el mismo globo luminoso subía desde el fondo de la Cova hacia el cielo, en la dirección en que había venido.

Además de la disminución de la luz solar, los concurrentes pudieron observar, desde cierta distancia, cómo una nube blanca rodeaba la encina y envolvía a los niños, y cómo caían desde el cielo unas como flores o copos de nieve, que desaparecían antes de llegar a tierra.

La Aparición prometió volver, sin falta, con San José y el Niño Jesús, en el mes de octubre.

Mandó a los niños moderar sus penitencias.

Una de ellas era que se ceñían a la cintura una cuerda muy áspera. Se la apretaban tanto, que les causaba gran dolor y les producía sangre.

Les dijo que se la quitasen de noche. Y así lo hicieron por primera vez aquel día, al acostarse.

X

«SOY LA VIRGEN DEL ROSARIO»

Los fenómenos de Cova de Iría habían conmovido, a estas alturas, a todo Portugal.

Así que el doce de octubre, víspera de la última aparición, era inmensa la muchedumbre que se disponía a pasar al raso aquella noche, no obstante que llovía copiosamente. Pero, colocándose en lugar apropiado, podrían contemplar a satisfacción el milagro prometido.

Lucía se levantó temprano y muy contenta.

Se rumoreaba de que lincharían a los videntes, de no realizarse lo que con tanto tiempo habían anunciado.

También se decía que, en el momento de la aparición, explotarían unas bombas junto a los mismos niños.

Cuando llegaban a sus oídos estos comentarios, exclamaban:

—¡Oh, qué felicidad, si pudiéramos subir con la Virgen al Paraíso!

Los padres de Lucía, Antonio y María Rosa, decidieron acompañar por primera vez a su hija.

Su padre la agarró de la mano y no la soltó ni un solo momento.

Pero Jacintita, separada de sus padres y apretujada entre tanta gente, lloraba sin consuelo.

Lucía la animaba, diciéndole que nada malo les sucedería.

Llegaron, por fin, y se colocaron en el sitio acostumbrado.

La carrasca no era ya sino un tronco pelado, pues los devotos habían arrancado hojas y ramas, con el buen fin de conservarlas como reliquias.

Seguía lloviendo.

Lucía, impulsada por un movimiento interior, pide que se cierren los paraguas.

Toda la gente obedece.

Entretanto, se reza el rosario y se entonan cánticos religiosos.

De pronto, un relámpago. Y Lucía grita:

—¡Ya está aquí!... ¡Ya está aquí!...

Su madre le advierte:

—¡Por amor de Dios, hija mía, mira bien, no sea que te engañes!

Lucía ya había entrado en éxtasis. Su rostro se transformaba poco a poco y se tornaba cada vez más hermoso, tomando un color sonrosado.

Le pregunta a la Aparición:

—¿Quién es usted, Señora, y qué desea de mí?

La Visión responde:

—Soy la Virgen del Rosario. Quiero que en este lugar se levante una capilla en mi honor y que se rece el rosario todos los días. La guerra va a terminar y los soldados vendrán pronto a sus casas.

—Tendría que pediros muchas cosas.

—Unas las concederé, otras no. Es necesario que los hombres se enmienden y pidan perdón por sus pecados.

Y, tomando un aire de mayor tristeza, con voz suplicante, prosiguió:

—Que no ofendan más a Nuestro Señor, que está ya demasiado ofendido.

Estas lacerantes palabras de la Virgen se clavaron tan profundamente en el alma de los niños, que no las olvidarían jamás.

Soy la Virgen del Rosario

Ellas encierran, desde luego, lo más esencial del mensaje de Fátima.

La Virgen, al marcharse, abriendo las manos, las hizo reflejar en el sol, y, cuanto más subía, más continuaba proyectándose el reflejo de su propia luz.

XI

EL GRAN MILAGRO DEL SOL

En este momento, Lucía espontáneamente gritó:

—¡Mirad el sol!

Cesó la lluvia. Se rasgaron las nubes. Brilló refulgente el astro del día. Pero, de repente, cambia de aspecto. Toma la apariencia de un enorme disco de plata, rodeado de haces de luz, que tiñen de fantásticos colores toda la campiña.

Las nubes, la tierra, los árboles, las rocas, los videntes, la inmensa multitud, aparecen iluminados con todos los colores del arco iris: de amarillo, rojo, azul, verde, morado...

La muchedumbre contempla estupefacta aquella maravilla. Y, de pronto, siente la sensación de que el astro rey se desprende del firmamento, y, haciendo zigzás de derecha a izquierda, se precipita sobre la tierra.

Entonces prorrumpen todos en un grito de espanto y caen de rodillas, escuchándose diversas exclamaciones, según el estado de cada alma.

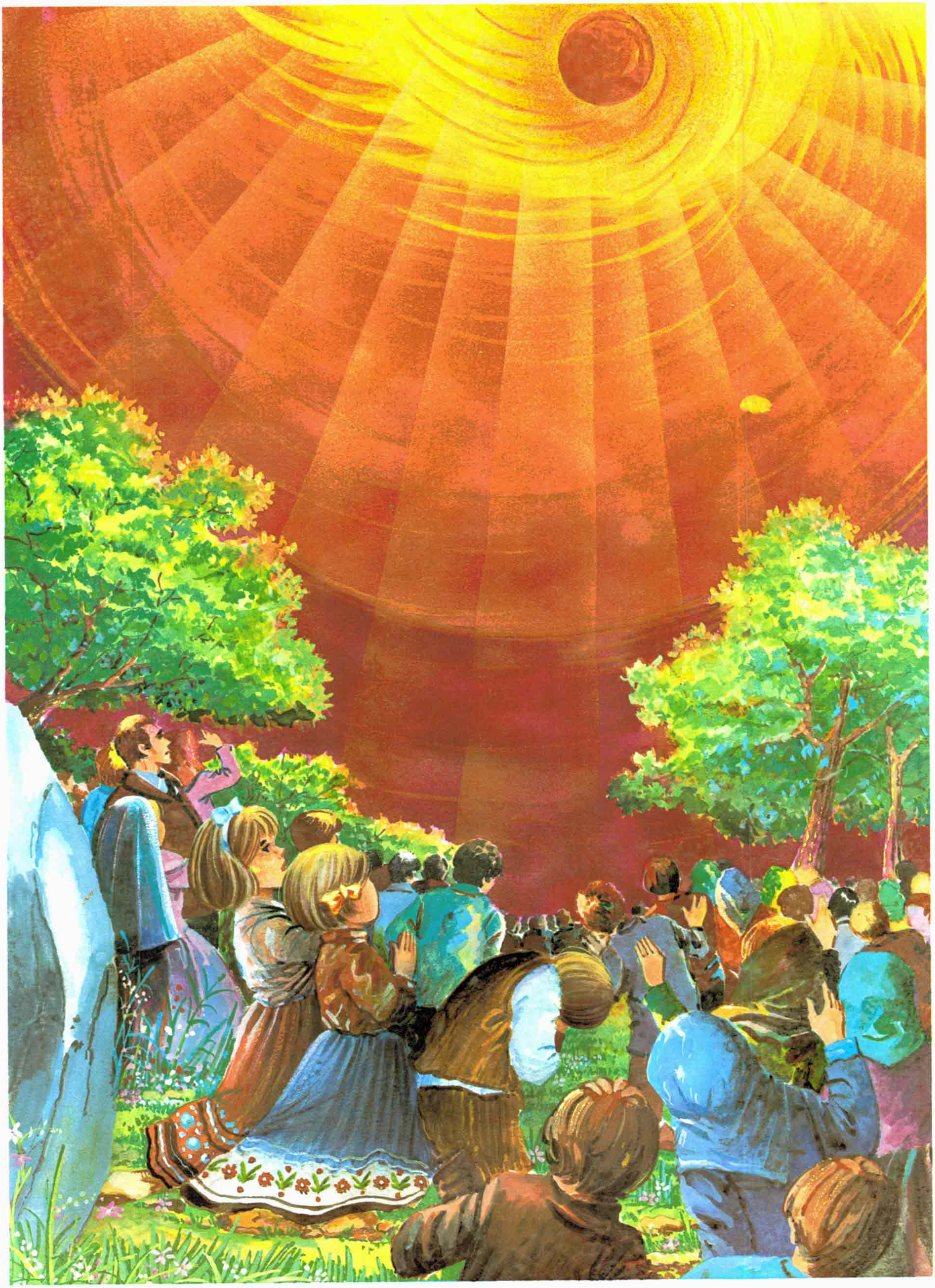
—¡Milagro! ¡Milagro! —exclaman unos.

—¡Creo en Dios!... ¡Dios te salve, María! —gritan otros.

—¡Dios mío, misericordia! —imploran los demás.

No había incrédulos, no, en aquellos momentos. Todos, arrodillados en el barro, rezan el acto de contrición, mientras el sol, por tercera vez, repite su dantesca danza.

Duró el fenómeno, en total, unos diez minutos, siendo con-



El milagro del Sol

templado, sin excepción, por todos los presentes, y hasta por personas que se encontraban a cinco y más kilómetros de distancia, y se sabe que alguien lo observó desde una lejanía de cincuenta kilómetros.

Para que luego cacarearan los enemigos de la Iglesia que todo aquello se reducía a una sugestión colectiva.

Mientras se realizaba el milagro del sol, los pastorcitos vieron en el cielo, no dentro sino junto al astro del día, a San José y al Niño Jesús, al lado de Nuestra Señora.

Nuestro Señor bendecía a la multitud.

Después vieron a Nuestra Señora de los Dolores y a la Virgen del Carmen, vestida de blanco y con un manto azul, llevando en las manos el escapulario.

A Jacinta la sacó de entre la muchedumbre un hombre alto y fornido.

Francisco se abrió paso por sus propios medios.

A Lucía también la sacó un hombre, que tuvo la mala suerte de tropezar cuando la llevaba en brazos. Pero ella no cayó al suelo. Y llegó a casa sin velo y sin trenzas, pues la gente quería llevarse algo como recuerdo.

Las setenta mil personas —algunos calcularon cien mil— que fueron testigos presenciales de este impresionante milagro del sol, propagaron la noticia hasta los últimos rincones de Portugal.

Muchos, al oírla, exclamaban:

—¡Qué maravillas! ¡Bendito sea Dios!

XII

ORACION Y SACRIFICIOS

Después de la última aparición, los niños seguían, en lo posible, su vida normal.

Pero tantas eran las visitas que comenzaban a recibir, que, para poder atenderlas, por decisión de sus padres, dejaron el pastoreo.

La Virgen nos ha dicho que oremos mucho

La familia de Lucía vendió las ovejas, y a Francisco y Jacinta los sustituyó su hermano Juan.

Los tres empezaron a ir a la escuela. Pero Francisco decía algunas veces a su prima:

—Mira, vete tú, que a ti te mandó la Virgen que aprendieras a leer. Yo me quedo en la iglesia con Jesús Sacramentado. Así le puedo pedir las gracias que nos encarga la gente.

Y el Señor parece que se complacía en estos buenos deseos de los niños, pues los hechos lo demostraban.

Un día, suplicaron a Francisco que rezara por un hombre inocente, víctima de una calumnia.

Al regresar las niñas de la escuela, lo encontraron inmóvil, arrodillado muy cerca del sagrario.

—¿Has pedido la gracia por aquel hombre? —le preguntó Lucía.

—Sí —le respondió él—. Puedes decir que volverá a casa dentro de pocos días.

Y, en efecto, a casa regresó.

Un joven, pariente lejano de la familia, tuvo la debilidad de cometer un robo, y fue ingresado en la cárcel.

Logró escapar de ella, pero con tan mala fortuna, que se extravió de noche en un tupido bosque.

Se encomendó a Dios en este apuro, y se le apareció Jacinta, que había rezado mucho por él.

Lo llevó a una carretera y le señaló el camino que debía seguir. A poco se encontró en lugar conocido, cerca de su domicilio.

Un claro milagro de bilocación, ya que Jacinta durmió tranquilamente, durante toda la noche, en su cama.

En la vecindad había una mujer de fama pésima, que a los videntes perseguía y llenaba de improperios dondequiera que los encontraba.

Más de una vez, cuando se excedía en la bebida, los maltrató, no sólo de palabra, sino también de obra.

Rogaban los niños insistentemente por su conversión.

Un día los espiaba la mujer sin que ellos lo supiesen.

Al ser testigo del fervor con que pedían a Dios por los peca-

Con esta soga haremos penitencia

dores para que no fuesen al infierno, comprendió que aquellas oraciones eran de un modo especial por ella.

Se arrepintió, cambió de vida y empezó a encomendarse a las oraciones de los niños.

Decía que solamente verlos rezar con aquel fervor y aquella sinceridad con que lo hacían, era suficiente argumento para creer en la realidad de las apariciones.

* * *

Los niños seguían sacrificándose por los pecadores.

Les obsesionaba la idea de que tantas almas cayeran en el infierno, por no haber quien se sacrificara por ellas, como les había dicho la Virgen.

Aprovechaban todas las ocasiones que se les presentaban.

Veían ortigas y se daban con ellas en las piernas.

La señora Olimpia les llevó un día unos racimos, y Jacinta dijo:

—No los comamos, y así ofrecemos este sacrificio por los pecadores.

Otro día les regalaron unos buenos higos:

—Hoy no hemos hecho ningún sacrificio. Vamos a hacer éste.

Y no los probaron siquiera.

Los visitantes, aunque con la mejor voluntad, no cesaban de importunarlos.

Una vez, se encontraron con un coche lleno de gente:

—¿Vosotros conocéis a los videntes de Nuestra Señora?

—Sí, sí, los conocemos.

—¿Nos podéis decir dónde viven?

—Ya lo creo.

Y les dieron las señas, mientras ellos se escondían en el campo.

En otra ocasión, se les presentaron unas señoras, tocadas con sombreros muy grandes, según moda de aquellos años, y Francisco propuso:

Vamos a subirnos a la higuera, pues con eso que traen a la cabeza no nos verán.

Y a la higuera que se subieron, pasando así desapercibidos.

Tiramos el agua y pasamos sed para hacer penitencia

Pero generalmente aceptaban con generosidad los interrogatorios que les hacían, ofreciendo ese sacrificio por la conversión de los pecadores.

XIII

EL VUELO DE UN ANGEL

Al terminar en 1918 la guerra europea, se propagó una maligna gripe, que ocasionó muchas víctimas.

Portugal fue una de las naciones más afectadas.

Eran tantos los muertos que, para no causar alarma, no se tocaban en los entierros las campanas.

Francisco y Jacinta fueron también atacados por esta enfermedad.

La fecha fue el 23 de diciembre de ese mismo año.

Sintieron los dos alguna mejoría, que les permitió abandonar el lecho.

Francisco, el día que se sentía con más ánimo, daba un paseo hasta Cova de Iría.

Cuando alguien lo saludaba y le prometía un pronto restablecimiento, él, con cierto dejo de dulce melancolía, contestaba que no.

Volvió a recaer y bien sabía que era para no levantarse más.

Lucía y Jacinta lo visitaban con frecuencia.

Un día les dijo le recordasen todos los pecados que había cometido, para confesarlos antes de recibir el viático:

—En una ocasión había quitado a su padre unos reales para comprar una armónica.

—En otra, había estado en una pedrea de los chicos de Aljustrel contra los de Boleiros.

—Eso ya lo he confesado —les decía—, pero lo volveré a confesar.

No se cansaba de ofrecer al cielo sus dolores, que eran muy grandes.

Francisco enfermó y no pudo volver a Cova de Iría

Lucía le preguntó:

—Francisco, ¿sufres mucho?

—Me duele bastante la cabeza... Pero lo llevo con paciencia, para consolar a Nuestro Señor.

Hablaban las dos primas junto a su cama. El les rogó que lo hicieran más bajo, pues el ruido lo atormentaba mucho.

Su hermana le advierte:

—Ofrécelo por los pecadores.

—Lo ofrezco primeramente para consolar a Nuestro Señor; luego a la Santísima Virgen y después por los pecadores y por el Papa.

Una mañana le dijeron las niñas:

—Hoy estás mejor, Francisco.

—Al contrario, estoy bastante peor. Pronto marcharé al cielo y quiero llevarles mucho consuelo a Jesús y a María.

A pesar de lo delicado que se encontraba, aún se ceñía la soga, como cilicio, alrededor de la cintura.

—Tómala —le dijo a su prima— antes de que la vea mi madre: ya no puedo ponérmela.

Estaba manchada de sangre, y hubiera sido una apreciada reliquia para nosotros; pero la hemos perdido, pues Lucía la quemó.

Por aquel entonces, llamó Jacinta a su prima para hacerle una confidencia.

Cuando estuvieron solas en la habitación con Francisco, le expuso esto:

—Sabrás que la Virgen ha venido a vernos. Nos ha dicho que muy pronto se llevará al cielo a Francisco. A mí me preguntó que si quería convertir más pecadores. Yo he dicho que sí.

Me ha anunciado también que iría a un hospital y que allí sufriría mucho, pero que debo aguantarlo por la conversión de los pecadores, por las ofensas contra el Inmaculado Corazón de María y por amor a Jesús.

El dos de abril, cuando la señora Olimpia notó que el estado del enfermito se había agravado, juzgó conveniente llamar al señor Cura para que lo confesara.

Jacinta enferma sufrió mucho y lo ofrecía por la conversión de los pecadores

Así se hizo. Y, al siguiente día, recibió la primera comunión, que era también la última como viático.

Después que comulgó, Francisco rebosaba de felicidad y no sentía el menor dolor.

Sus dos confidentes pasaron casi todo el día a su lado.

Por la noche fue forzoso despedirse.

—Francisco, adiós... Si vas al Paraíso esta noche, no nos olvides... ¿Has oído?

—No, no os olvidaré. Estad seguras.

—Adiós, pues, hasta que nos volvamos a ver en el cielo.

—Hasta el cielo...

Al día siguiente, 4 de abril de 1919, pidió perdón, a todos los que le rodeaban, por las penas que les podía haber causado.

A eso de las seis de la mañana, dijo a su madre:

—Mira, madre, qué hermosa luz, ahí, cerca de la puerta.

Y un momento después:

—Ahora ya no la veo.

Y, en aquel momento, su rostro se iluminó, y, sin agonía, con una sonrisa celestial, se fue al cielo, a ver a la Señora, cuya hermosura había vislumbrado ya en la tierra.

XIV

«VENDRA A LLEVARME CON ELLA»

A Jacinta se le declaró una pleuritis purulenta dolorosísima, por lo que fue preciso internarla en el hospital de Vila Nova de Ourem.

Allí permaneció durante los meses de julio y agosto de 1919.

Dos veces la visitó Lucía. Al preguntarle si sufría mucho, le dijo:

—Sí, mucho, pero lo ofrezco por la conversión de los pecadores y por el Inmaculado Corazón de María.

La Virgen me ha dicho que moriré sola en Lisboa

Como su enfermedad era incurable y se necesitaban para otros enfermos las camas de aquel centro, decidieron volverla otra vez a Aljustrel.

Allí continuó su calvario.

Muchos forasteros iban a visitarla. Aunque esto le molestaba, ponía a todos buena cara.

Un día, llorando, se abraza a Lucía y le dice:

—Prima, la Virgen se me ha aparecido otra vez y me ha anunciado que iré a un hospital de Lisboa. Así que no te volveré a ver más, ni tampoco a mis padres. Después de haber sufrido mucho, moriré sola. Pero me ha dicho que no tema, que Ella me llevará pronto al cielo.

Ya no volveré a verte, pues tú tampoco vendrás a verme. Reza mucho por mí, ya que moriré solita.

—No te apures porque yo no pueda acompañarte. Ha de ser por poco tiempo. Tú piensa siempre en Nuestro Señor y en la Santísima Virgen. Diles con frecuencia esas oraciones que tanto te gustan.

—¡Sí! ¡Sí! No me cansaré de repetirlas hasta la muerte. Después las cantaré en el cielo.

Todo se iba realizando, según la divina Providencia disponía.

A mediados de enero de 1920, llegó en peregrinación a Fátima el célebre doctor don Enrique Lisboa.

Quiso ver a las videntes, y se impresionó tanto del lamentable estado en que se hallaba Jacinta, que se empeñó en trasladarla a su sala del hospital de Lisboa con el fin de operarla.

La ingresaron, primero, en el Orfelinato de Nuestra Señora de los Milagros, que dirigía la clarisa Sor Purificación Godiño, y a la que las acogidas, unas veinte huerfanitas, llamaban «madrina».

Jacinta estuvo allí unos quince días. Se confesó y comulgaba diariamente. Era feliz.

Cuando se marchó, dejó un profundo recuerdo de sus virtudes: de su amabilidad, de su paciencia, de su modestia y de agradecimiento hacia su bienhechora.

Y vino a cumplir su promesa de llevarla al cielo

Su «madrina» escribió en un cuaderno importantes frases escuchadas de sus labios.

Citamos aquí algunas de ellas, que pueden servirnos para reflexionar.

«Los pecados que arrojan más almas al infierno son los de impureza».

«Vendrán ciertas modas que ofenderán mucho a Nuestro Señor».

«Las personas que sirven a Dios, no deben seguir las modas. Nuestro Señor es siempre el mismo».

«Si los hombres supieran lo que es la eternidad, harían todo lo posible para cambiar de vida».

«La desobediencia de los sacerdotes a sus superiores y al Santo Padre desagrada mucho a Nuestro Señor».

«La confesión es el sacramento de la misericordia. Hay que acercarse a él con confianza y alegría. Sin confesión, no hay salvación».

«Hay que hacer penitencia. Si los hombres se convierten, el Señor nos seguirá perdonando; pero, si no cambian de vida, vendrá un castigo».

«La Santísima Virgen no puede detener más el brazo de su amado Hijo sobre el mundo».

El día dos de febrero fue trasladada al hospital de Doña Estefanía. La operaron el día diez, pero, por su mucha debilidad, no pudieron darle cloroformo, solamente anestesia local.

Le extrajeron dos costillas, y las curas que le hacían diariamente eran muy dolorosas.

La consolaba mucho que su «madrina» la visitara con frecuencia.

Una de las veces le hizo señas para que se acercase, y le manifestó:

—«Madrina», ya no me quejo. La Santísima Virgen me ha quitado todos los dolores y me ha dicho que pronto vendrá a llevarme con Ella.

En efecto, a los diez días de la operación quirúrgica, llamó al confesor y le pidió también el viático.

El sacerdote pensó que podría administrárselo al día siguiente. Pero, a las diez y media de la noche, en el silencio de aquella sala y asistida solamente por su enfermera, voló a la gloria, a juntarse con su hermano Francisco.

Era el 20 de febrero de 1920.

* * *

Los restos de Francisco y Jacinta descansan ahora en el Santuario de Nuestra Señora de Fátima, y hace tiempo fue introducida su causa de beatificación.

Imitemos sus virtudes, encomendémonos a ellos y sentiremos su eficaz protección.

XV

«TU HAS DE SEGUIR AQUI ABAJO»

Con la muerte de Francisco y Jacinta, Lucía perdió a los más íntimos confidentes de su vida.

Como la Virgen le había predicho en la segunda aparición, ya estaba completamente sola.

Esta soledad le hace sufrir mucho moralmente, así como las impaciencias de las muchedumbres que continuaban visitando Cova de Iría.

Cuando el señor Obispo de Leiría, Don José Alves Correia da Silva, le propuso ser llevada a un internado para su mejor educación, ella le aclaró que era ese su más ardiente deseo.

Las condiciones que el señor Obispo le propuso fueron éstas: que no comunicara a nadie adónde iba; que en el pensionado no debía decir quién era, y que no hablara con nadie de las apariciones de Fátima.

Lucía, humilde y dócil, prometió guardar fielmente estas condiciones.

La partida para Oporto quedó fijada el 16 de junio de 1921.

Por la tarde del día anterior, visitó Cova de Iría, donde ya se había construido una pequeña capilla blanca.

Allí lloró y rezó, recordando a sus primos y aquellas impresionantes escenas de las apariciones, que jamás olvidaría en su vida.

Visitó el sepulcro de Francisco. Se despidió de todos aquellos lugares tan queridos, y de la iglesia parroquial, donde fue bautizada y recibió la primera Comunión.

En el viaje la acompañaban solamente su madre y un buen vecino, llamado Manuel Correia.

Al pasar por Cova de Iría, entraron en la capilla y rezaron el rosario.

Llegados a Leiría, llorando, se despidió de su madre. Y, ya en las primeras horas del día siguiente, hizo su entrada en el Asilo de Vilar.

La Directora le ordenó que en adelante se llamara María de los Dolores; que, cuando se lo preguntaran, diría que era de cerca de Lisboa; que no saldría de paseo con las demás internas, y que nadie debía saber la razón de estos misterios.

Los cuatro años que allí pasó, formándose y estudiando, fueron para ella una verdadera noche oscura, pues ignoraba, por completo, lo que podría haber sucedido en Fátima.

El 26 de agosto de 1923, se inscribe como Hija de María, y en esta fecha es la primera vez que se le vuelve a aparecer la Santísima Virgen desde 1917.

Por fin, sintiéndose con vocación religiosa, en 1925 ingresa de postulante en la Congregación de Santa Dorotea, fundada en 1834 por Paula Frassinetti, canonizada por Juan Pablo II en 1984. Estas religiosas eran las que dirigían el Asilo de Vilar.

En 1926, hace el noviciado en Tuy, emitiendo los votos simples en 1928 y los perpetuos en 1934.

El anonimato y desconocimiento de su vida no era, en esta época, tan riguroso como cuando fue colegiala en Oporto. Ella, no obstante, procuraba ocultarse todo lo posible.

Veamos algunos episodios que le sucedieron por este motivo.

Un día acudió un joven sacerdote a celebrar misa a la capilla de las Doroteas, siendo ella sacristana.

—Hermana —le dijo—, ¿podría ver a la célebre María de los Dolores?

—¿Célebre?... —responde Lucía, con sonrisa un tanto desdeñosa.

—Pues sí —contesta el sacerdote—. ¿Cómo es?

—Una Hermana como las demás. Como yo. Somos todas semejantes.

Y el buen sacerdote abandonó Tuy, sin sospechar siquiera que había hablado con la vidente.

Otra vez Lucía y una joven Hermana, también portuguesa, marchaban a pie a hacer unos encargos en Valença, en la otra ribera del Miño.

Ya habían pasado el puente internacional, cuando se encontraron con tres señoras, que iniciaron el siguiente diálogo:

—¿Son ustedes Doroteas portuguesas?

—Sí, señoras.

—¿Pueden decirnos si está en España la vidente de Fátima?

—Ahora está en Portugal —contestó la interesada.

—Cuando esté en Tuy, ¿podremos verla?

—Pues claro que sí.

—¿Cómo?

—Pues mirándola, como me están mirando a mí.

Y, dándoles las gracias, se separaron.

Las religiosas continuaron el viaje, riéndose de lo que les había sucedido.

En La Toja, pequeño balneario cerca de Pontevedra, descansaba unos días Sor María de los Dolores.

Un veraneante le suelta a bocajarro:

—Yo sé muy bien que la vidente de Fátima está en Tuy.

—No, señor, eso no es cierto.

—Pues sí es verdad, porque lo leí ayer mismo en un periódico muy serio.

—Pues si está allí, yo ni me he enterado.

¡Qué gozo para Lucía saber que, el 13 de octubre de 1930, ante cien mil peregrinos, se leyó la carta pastoral del señor Obispo de Leiría, autorizando el culto de Nuestra Señora de Fátima!

Más tarde, en 1942, ella misma regresaría a Fátima, por orden de la autoridad eclesiástica, para hacer ciertas precisiones sobre los lugares de las apariciones.

Ansiando más silencio, recogimiento y retiro, desde 1948, se halla en el Carmelo de Coímbra, donde ingresó con el nombre de Sor María Lucía del Corazón Inmaculado.

Allí sigue santificándose y cumpliendo la voluntad de Dios.

XVI

VERDADES Y ENSEÑANZAS

Muchas son las verdades y enseñanzas que podemos deducir de las apariciones de Fátima.

La primera de todas es que son verdaderas. Dígalo si no el modo de comportarse los niños, tanto en el caso de ser castigados por sus padres, como de ser burlados por los vecinos y ser perseguidos por la autoridad civil.

No es posible que actuaran como actuaron si no estuvieran asistidos por la gracia de lo alto.

Fijémonos también cómo cambiaron de vida. Niños con los defectos propios de su edad, se esmeraban en no cometer ni un pecado venial, en mortificarse y en sacrificarse continuamente por la conversión de los pecadores.

Jacinta era melindrosa, delicada, amante en extremo de los juegos y de la danza, temerosa y voluble. Después supo demostrar el coraje y la fuerza cristiana que caracteriza a los mártires.

Semejante afirmación podríamos hacer de su hermano Francis-

co, quien, después de las apariciones, fue un verdadero enamorado de Jesús-Eucaristía, y no se cansaba de orar, rezar rosarios y de hacer sacrificios.

A la Santísima Virgen siempre la vieron muy triste. Nunca se sonrió con ellos.

Y esa tristeza y angustia que le causaban las ofensas contra Dios y los castigos que amenazan a los pecadores, a los niños les llegaba al alma y no sabían qué idear, en su imaginación infantil, para ser gratos a Jesús y a María.

* * *

Otra de las grandes verdades que enseñan las apariciones de Fátima, es la existencia del infierno.

La Virgen se lo mostró a los niños para que nos convenciéramos todos de su realidad.

No se comprende la locura de los que por momentáneos placeres se exponen a una desgracia eterna.

Muchas personas, incluso piadosas, no quieren que se hable del infierno en los sermones, ni aún en días de misiones, de retiro o de ejercicios espirituales.

Les pasa lo que a la avestruz, que, por esconder la cabeza, se figura que no la verán los cazadores.

Todas las desgracias de este mundo tienen fin. Incluso una enfermedad incurable acabará con la muerte.

Pero no es así tratándose del infierno, donde los hombres, desesperados, buscarán la muerte y la muerte huirá de ellos.

«De males que se han de acabar, no tengáis miedo», decía Santa Teresa. El único mal espantoso es el que no termina nunca.

Conviene que este pensamiento cale en la juventud de hoy, tan superficial y tan irresponsable, que toma a broma la existencia de una verdad tan irrefragable, algo así como si se tratara de un cuento de hadas o de ciencia-ficción.

* * *

Muchos dicen: «Yo no creo que haya otra vida, pues nunca ha venido nadie de allá».

Mienten los que tal cosa dicen, pues consta históricamente que la Virgen María vino desde el otro mundo y se apareció en Portugal.

Y, ¿por qué lo sabemos? Por los hechos de las apariciones y, sobre todo, por el milagro del sol, que hemos relatado más arriba.

Si alguien dudara aún de este milagro, puede ir a Portugal y preguntarlo en Fátima y sus cercanías, a muchas personas de más de setenta años, que aún viven y que lo recuerdan perfectamente.

Y el que quiera datos históricos, que consulte los archivos de los periódicos de aquella época, y verá fotografías con miles de personas contemplando, asustados, las rotaciones y movimientos maravillosos del sol, como queda descrito.

* * *

Un medio de salvación que prometió la Santísima Virgen en estas apariciones, fue la devoción al Inmaculado Corazón de María y la Práctica de los Primeros Sábados de mes.

El 10 de diciembre de 1925, se le apareció a Lucía, y le dijo: «Mira, hija mía, mi Corazón rodeado de espinas, que los hombres ingratos, en cada momento, me clavan con blasfemias e ingratitudes. Tú, al menos, haz por consolarme y di que, a todos aquellos que durante cinco meses, en el primer sábado, se confiesen, reciban la sagrada Comunión, recen el rosario y me acompañen quince minutos, meditando sus misterios, con el fin de desagraviarme, yo prometo asistirles en la hora de la muerte con todas las gracias necesarias para su salvación».

No debemos dudar de esta promesa de la perseverancia final, siempre que pongamos las condiciones señaladas, que son:

1.ª Confesión, que puede hacerse dentro de los ocho días precedentes o siguientes.

2.ª Comunión reparadora en el mismo sábado.

3.ª También en ese día, rezo de una tercera parte del rosario.

4.ª Meditación, durante un cuarto de hora, sobre los misterios del rosario.

5.ª Hacerlo todo con intención de reparar los agravios que se cometen contra el Inmaculado Corazón de María.

El Señor quiere que practiquemos, junto a la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, la devoción al Inmaculado Corazón de María.

* * *

Otro medio de salvación es el rezo diario del santo rosario. La Santísima Virgen no dejó de inculcárselo, en todas las apariciones, a los videntes.

Lucía ha dicho que con el rosario no hay problema que no podamos resolver, por muy difícil que sea.

Con el santo rosario nos salvaremos, nos santificaremos, consolaremos a Nuestro Señor y obtendremos la salvación de muchas almas.

Es verdad que el rosario se suele rezar muy mal y siempre con muchas distracciones. Para la mayor parte de las personas es una ocupación totalmente mecánica. Ello no deja de tener su mérito.

Pero lo que intenta nuestra Madre celestial, es que hagamos del rosario una fuente de meditación y una ocasión para hacer a la Virgen nuestras peticiones y desahogar ante Ella nuestros afectos.

Estos afectos y pensamientos pueden ser de agradecimiento a Dios por lo que sufrió para salvarnos y por los premios que nos tiene prometidos.

También podemos pedirle las virtudes y demás gracias que necesitamos, especialmente aquellas que más se relacionan con el misterio que estemos considerando.

No sólo Juan Pablo II, sino todos los Papas, desde Pío IX para acá, nos recomiendan el rezo del santo rosario como el remedio más eficaz contra todos los males de la sociedad moderna.

* * *

Mucho se ha escrito sobre el Secreto de Fátima, cuya tercera parte queda aún por revelar.

Lucía escribió las palabras de Nuestra Señora y las encerró en un sobre sellado, que fue entregado al señor Obispo de Leiría y después al Nuncio Apostólico en Lisboa, para ser abierto en 1960.

Desde el pontificado de Pío XII se encuentra en los archivos del Vaticano.

Su contenido no se sabe cuál es, pero se sospecha.

Partiendo del supuesto que la tercera parte del Secreto guarda conexión con las dos primeras, parece que algo grave se anuncia para la Iglesia, ya que en la segunda parte decía que en Portugal se conservaría la fe, lo cual parece insinuar que naufragaría en otras naciones.

Cuando el Papa Juan Pablo II viajó a Alemania, el año 1980, le hicieron unos seminaristas, en Fulda, varias preguntas sobre el Secreto.

Esa información la publicaron algunas revistas en distintos países, sin que hasta el presente haya sido desmentida por el Vaticano.

De esas declaraciones de Su Santidad, se deduce lo que sigue:

1.° Rusia seguirá extendiendo todavía sus errores por todo el mundo.

2.° Grandes maremotos hundirán, con sus ondas, considerables trozos de tierra.

3.° El Padre Santo pasará por grandes pruebas y muchos cristianos sufrirán martirio.

4.° La Iglesia se purificará y se renovará por medio del sufrimiento.

5.° Muchos millones de personas morirán en un instante.

6.° Para alcanzar las gracias del Señor y evitar sus castigos, tenemos un remedio singular: el rezo cotidiano del santo rosario y la devoción al Inmaculado Corazón de María.

* * *

Para impedir esos males, quiere también la Santísima Virgen que se consagre el mundo a su Inmaculado Corazón, con especial mención de Rusia.

El Papa Juan Pablo II, el 25 de marzo de 1984, con motivo del Jubileo de las Familias en el Año Santo de la Redención, en unión con todos los Obispos de la Iglesia, consagró el mundo al Inmaculado Corazón de María.

Realizó esta consagración en el Vaticano, con asistencia de ciento ochenta mil personas y ante la Virgen de Fátima, llevada con este fin desde Cova de Iría.

Aunque en esta consagración habla de «aquellas naciones que tienen necesidad particular de esta entrega y de esta consagración», no menciona, sin embargo, a Rusia.

Es de suponer que lo hará en alguna oportuna ocasión. Pero recordemos la carta que Lucía escribió, en 1932, al Obispo de Leiría, citándole las palabras que le había dicho Nuestro Señor: «El Santo Padre ha de consagrarme Rusia, pero ya será tarde».

XVII

CONCLUSION

La presencia, en Fátima, de los Papas Pablo VI y Juan Pablo II, ratifica ante el mundo entero la creencia de la Iglesia en estas apariciones.

Creamos también nosotros y seamos consecuentes, porque el mensaje de las apariciones de Fátima, no fue dado solamente para bien de los tres pastorcitos, Lucía, Francisco y Jacinta, sino para la salvación y felicidad de cada uno de nosotros y de todo el linaje humano.

BEATIFICACION DE FRANCISCO Y JACINTA EL 13 DE MAYO DEL AÑO 2000

S.S. el Papa Juan Pablo II beatificó a Francisco y Jacinta el día 13 de mayo de 2000 en la explanada del Santuario de Fátima, estando acompañado de 8 Cardenales, 90 Obispos y 1.300 Sacerdotes.

El Papa empezó su homilía recordando las palabras de Jesús: *«Yo te bendigo, Padre, porque escondiste estas verdades a los sabios y entendidos, y las revelaste a los pequeños»* (Mt 11, 25).

Y continúa el Papa: Por designio divino vino del cielo a esta tierra, en búsqueda de los pequeños privilegiados del Padre, *«una mujer vestida de Sol»* (Ap 12, 1). Les habla con voz y corazón de madre: los invita a ofrecerse como víctimas de reparación, ofreciéndose Ella para conducirlos seguros hasta Dios. Fue entonces cuando de sus manos maternas salió una luz que los penetró íntimamente, sintiéndose inmersos en Dios como una persona –explican ellos– se contempla en un espejo.

Más tarde Francisco exclamaba: «Nosotros estábamos ardiendo en aquella luz y no nos quemábamos...»

Al Beato Francisco lo que más le impresionaba y absorbía era Dios en aquella luz inmensa que penetra hasta lo más íntimo. Sin embargo, sólo a él Dios se daría a conocer «tan triste» como él decía. Cierta noche su papá lo escuchó sollozar y le preguntó por qué lloraba; el hijo le respondió: «Pensaba en Jesús que está tan triste por causa de los pecados que se cometen contra él». Vive motivado por un único deseo: «¡Consolar y dar alegría a Jesús!»

En su vida se dio una transformación que podríamos llamar radical: una transformación ciertamente no común en niños de su edad. Se entrega a una vida espiritual intensa, que se traduce en oración asidua y fervorosa, llegando a una verdadera forma de unión mística con el Señor. Eso mismo lo lleva a una progresiva purificación del espíritu mediante la renuncia a los propios gustos y hasta a los juegos inocentes de niños.

Soportó los grandes sufrimientos de la enfermedad que lo llevó a la muerte, sin nunca lamentarse. Todo le parecía poco para consolar a Jesús; murió con una sonrisa en los labios. Grande era, en el pequeño Francisco, el deseo de reparar las ofensas de los pecadores, esforzándose por ser bueno y ofreciendo oración. Y Jacinta su hermana, casi dos años más joven que él, vivía animada por los mismos sentimientos...

En su solicitud materna, la Santísima Virgen vino aquí, a Fátima, a pedir a los hombres «no ofender más a Dios nuestro Señor, que ya está muy ofendido»... Por eso decía a los pastorcillos: «Rezad, rezad mucho y haced sacrificios por los pecadores, que muchas almas van al infierno por no haber quien se sacrifique y pida por ellos».

La pequeña Jacinta sintió y vivió como propia esa aflicción de Nuestra Señora, ofreciéndose heroicamente como víctima por los pecadores.

Un día –ya ella y Francisco habían contraído la enfermedad que los obligaba a estar en cama– la Virgen María vino a visitarlos a su casa, como cuenta la pequeña: «Nuestra Señora vino a vernos y dijo que viene a llevar a Francisco muy pronto al Cielo. Y a mí me preguntó si todavía quería más pecadores. Y le dije que sí». Y al acercarse el momento de la partida de Francisco, Jacinta le recomienda: «Dale muchos saludos míos a Nuestro Señor y a Nuestra Señora; diles que sufro tanto como ellos quieran para convertir a los pecadores». Jacinta quedará tan impresionada con la visión del infierno, que ninguna mortificación y penitencia le parecían suficientes para salvar a los pecadores...

«Yo te bendigo, oh Padre, porque revelaste estas verdades a los pequeños». La alabanza de Jesús toma hoy la forma solemne de la beatificación de los pastorcillos Francisco y Jacinta. La Iglesia quiere, con este rito, poner sobre el candelero estas dos velas que Dios encendió para iluminar a la humanidad en sus horas sombrías e inquietas. Brillen ellas sobre el camino de esta multitud inmensa de peregrinos y cuantos más nos acompañan por radio y televisión. Sean una luz amiga que ilumine todo Portugal y de modo especial esta diócesis de Leiría-Fátima...

Mi última palabra es para los niños: Queridos niños y niñas, veo muchos de vosotros vestidos como Francisco y Jacinta. ¡Os cae muy bien! Pero luego mañana dejaréis esas ropas y... se acabarán los pastorcillos. ¡No deberían acabar! ¿No es verdad? Es que Nuestra Señora necesita mucho de vosotros para consolar a Jesús, triste con las tonterías que se hacen: necesita de vuestras oraciones y sacrificios por los pecadores.

Pedid a vuestros padres y educadores que os inscriban en la escuela de Nuestra Señora, para que Ella os enseñe a ser como los pastorcillos que buscaban ser todo lo que Nuestra Señora les pedía... Fue así como los pastorcillos se volvieron santos de prisa...

Juan Pablo II Papa.

ÍNDICE

I En tierras de Portugal.............................. 3
II Eran tres pastorcitos.............................. 5
III «Soy el Angel de la Paz».............................. 13
IV En las ramas de una encina.............................. 17
V El día de San Antonio.............................. 29
VI ¡Qué horrible es el infierno!.............................. 35
VII Valientes hasta el martirio.............................. 41
VIII Solos en Los Valiños.............................. 44
IX Un globo luminoso.............................. 47
X «Soy la Virgen del Rosario».............................. 48
XI El gran milagro del sol.............................. 51
XII Oración y sacrificios.............................. 53
XIII El vuelo de un ángel.............................. 59
XIV «Vendrá a llevarme con Ella».............................. 63
XV «Tú has de seguir aquí abajo».............................. 68
XVI Verdades y enseñanzas.............................. 71
XVII Conclusión.............................. 76